



El desafío de Antígona: el liberalismo político frente al esteticismo de Thomas Mann

Emmanuel Demetrio Vite González*

Resumen

El presente artículo busca contrastar dos concepciones de la política radicalmente opuestas: la corriente liberal encabezada por Rawls y el esteticismo de Thomas Mann. Se presentarán y confrontarán sus conceptos fundamentales para entender el sentido que posee la organización social según la conciben. Esto con la finalidad de dejar como posibilidad la (re)creación de una nueva forma de entender la política.

Palabras clave: liberalismo, democracia, política, esteticismo, personalidad, arte.

*“Que una sociedad democrática a menudo se entiende como un sistema de cooperación social lo sugiere el hecho de que [...] sus ciudadanos no conciben su orden social como un orden natural fijo o como una estructura institucional justificada sobre la base de doctrinas religiosas o principios jerárquicos que expresan valores artísticos”.
John Rawls, *La justicia como equidad. Una reformulación.**

*“Ser político es la única posibilidad de no ser esteta”.
Thomas Mann, *Consideraciones de un apolítico.**

*** Estudiante de Licenciatura en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.**

El liberalismo político ha tenido una fuerte influencia en la sociedad occidental.

El liberalismo político ha tenido una fuerte influencia en la sociedad occidental. Pese a los embates de otras corrientes políticas, se manifiesta como la única posibilidad de una sociedad que garantiza ya sea la libertad o seguridad del hombre. Sin embargo, en la actualidad existe un panorama anormal en torno a los problemas políticos en los que se encuentran sumidos los seres humanos: el liberalismo parece estar en crisis, pues sus conceptos no alcanzan a explicar o solucionar estos problemas.

En tiempos de revolución epistémica para el paradigma liberal, es fructífero rescatar voces radicalmente opuestas —como las de Mann y Rawls—, para que durante el enfrentamiento surjan posibles respuestas al desolador panorama político del mundo. En primer lugar, se expondrán los principales conceptos que defiende la corriente política liberal. Después, se desarrollará la postura esteticista de Mann para, finalmente, contrastarlas en un ejercicio dialéctico.

1. Liberalismo político

El *liberalismo* es una doctrina política cuya finalidad es “garantizar las condiciones políticas necesarias para el ejercicio de la libertad individual” (Shklar 14). Surge en la modernidad europea, en Inglaterra, con el filósofo John Locke. A pesar de que su influencia se expandió en el pensamiento francés —los republicanos de la revolución— y el germano —Kant—, nunca se desprendió de su vena anglosajona; ya que en el siglo XX se reactivó dentro de Estados Unidos, gracias a la revolución de la filosofía política liberal liderada por John Rawls.

La doctrina política liberal tiene por fundamento el respeto de la diversidad, cuya pluralidad de concepciones sobre la moral es resultado de su gestación. El liberalismo, a su vez, surge como respuesta a las virulentas guerras de religión, durante la época de la Reforma protestante. Antes de eso, en la época del medievo, la estructura política se legitimaba por medio del poder religioso. En ese entonces, el grueso de la población era uniforme en la religiosidad y la continuidad de la conformación del poder político estaba asegurada. En contraparte, la reforma protestante trajo consigo un quiebre de la comunidad religiosa: los hombres se levantaron en armas defendiendo



sus creencias, ya fueran del antiguo o del nuevo credo. Ante la vorágine de la espada, el liberalismo aparece como una concepción política que se fundamenta desde la diferencia, para encontrar los mecanismos por los cuales se constituyan acuerdos políticos entre posiciones encontradas.

El liberalismo político supone que las más enconadas luchas se entablan por los más altos valores, por lo más deseable: por la religión, por las visiones filosóficas acerca del mundo y de la vida, y por diferentes concepciones morales del bien. Debiera parecernos extraordinario, entonces, que estando en tan profunda oposición en estos aspectos, la cooperación justa entre ciudadanos libres e iguales pueda ser posible. [...] Estoy convencido de que el liberalismo político propone una solución en cierto modo inédita. (*El liberalismo*, Rawls 29)

Lo anterior genera otro de los pilares del liberalismo: la distinción entre lo moral y lo político.¹ Utilizando los términos de la teoría *rawlsiana*, existe una variedad de *doctrinas comprensivas* que poseen los ciudadanos de una sociedad; éstas implican una determinada concepción de la justicia, la cual puede ser justificada religiosa, filosófica o artísticamente. El liberalismo ofrece una salida procedimental, es decir, propone la creación mecanismos políticos que diriman el conflicto —el caso ejemplar son las elecciones— lo que evita la imposición violenta de una doctrina comprensiva sobre las otras, permitiendo la competencia y supervivencia de las mismas. De este modo, la tolerancia se afirma como uno de los valores de la doctrina política del liberalismo.²

La distinción entre lo público —lo político como ámbito de los asuntos de la ciudad y/o del estado— y lo privado —lo moral como ámbito de los asuntos que corresponden al individuo— es fundamental para el liberalismo. Sin embargo, no siempre se ha hecho tal distinción, como es el caso de organizaciones sociales denominadas *comunidades* en las que ambos conceptos resultan indiscernibles. No obstante, con la llegada de la *sociedad* se genera una multitud de concepciones del mundo,³ gracias a las cuales el conflicto se abre como posibilidad. Ante esto el liberalismo propone que sólo en el campo de la política

¹ La distinción es fundamental, pues toda la construcción teórica política de Rawls se fundamenta en ésta. Por ello escribe que “los problemas generales de la filosofía moral no son de la incumbencia del liberalismo político” (*El liberalismo*, Rawls 21).

² *Tolerancia* como defensa ante el terror que genera un poder político ejercido unilateralmente. Shklar concibe el origen del liberalismo en la aceptación de la pluralidad garantizada por el miedo: “El fundamento más profundo del liberalismo está en su sitio desde el principio, en la convicción de los primeros defensores de la tolerancia, nacida del espanto de que la crueldad es un mal absoluto” (16).

³ Toda comunidad es un conglomerado de gente que comparte una misma doctrina comprensiva; las sociedades modernas carecen de tal unificación moral. Por ende, el pluralismo es un hecho asumido por el liberalismo (*La justicia como equidad*, Rawls 26).

se desarrolle el mecanismo institucional para asegurar las libertades de los ciudadanos. Para el liberalismo rawlsiano, esta idea no puede confundirse con una teoría comprensiva más, sino que se trata de una concepción política de la justicia.⁴

Rawls también aporta la importancia de las instituciones, en cuanto a su "Teoría de la justicia como equidad" propone como objeto de justicia política *la estructura básica de la sociedad*; esta última se conforma por las principales instituciones políticas y sociales: "la constitución política [...] las formas legales de propiedad y la estructura de la economía [...] así como alguna forma de familia" (*La justicia como equidad*, Rawls 33).

Así, la actividad de la tradición liberal será pensar en los fundamentos que posibilitan la arquitectura de dichas instituciones. El primer caso es el de Rawls quien piensa cómo las instituciones pueden acercarnos al ideal de una *sociedad bien ordenada*: para ello Rawls apela a los principios de justicia; los ciudadanos refuerzan la idea por medio del *consenso entrecruzado* y *la posición original*. Otro caso se encuentra en la teoría de las capacidades, de Amartya Sen: aunque critica el trascendentalismo institucional de Rawls y lo refuta con la atención a la diversidad de capacidades, no deja de reconocer el papel de las instituciones como promotoras de la justicia.⁵ La teoría tridimensional de la justicia, de Nancy Fraser, da otro ejemplo: a pesar de que destaca las limitaciones de la gramática de la filosofía política tradicional bajo el acontecimiento de la globalización, cuando se refiere a la injusticia como *representación fallida metapolítica*, señala la falta de "institucionalización de la paridad participativa a nivel metapolítico" (60). Por último, *la institucionalización de la sospecha* de Shklar ve, en el *liberalismo del miedo*, una propuesta para emanciparse del terror causado por el poder gubernamental; además, incentiva a crear "instituciones de orden plural con múltiples centros de poder y derechos institucionalizados" (28).

Todos los autores citados son demócratas, por lo que se cerrará el apartado con la democracia en sí. Usando la terminología de Fraser, la democracia es el *dogma* del liberalismo, ya que la idea de *sociedad plural tolerante* se aviene a la idea del ciudadano dentro de un gobierno democrático representativo. Como dicho gobierno está

⁴ Las características de la concepción política de la justicia son tres: 1. Tiene por sujeto la estructura básica de la sociedad, 2. es libremente aceptada, 3. Sus ideas fundamentales son parte de una cultura política democrática. En particular al describir la segunda característica Rawls observa la distinción entre una teoría comprensiva y una concepción política, expresamente dice "una concepción política trata de elaborar una concepción razonable exclusivamente para la estructura básica, y no implica, hasta donde sea posible, ningún compromiso con ninguna otra doctrina" (37).

⁵ Denota que un autor crítico de la institucionalidad rawlsiana no puede dejar de pensar en las instituciones dentro de su teoría política (Sen 112); denota, entonces, un lenguaje común entre los autores liberales que confirma la caracterización del liberalismo político que se ha hecho.

conformado por representantes elegidos democráticamente, habría que dotar a los ciudadanos de derechos, información, criterio, autonomía, voz, conceptos, voto, reconocimiento, etc., para que hagan uso de su libertad política.

2. Esteticismo de Thomas Mann

Durante el auge de la Primera Guerra Mundial, Thomas Mann escribe *Consideraciones de un apolítico* y se publica en 1918. La posición política que surge de ellas es la del artista que se ha visto forzado a tomar el fusil en mano dejando atrás el espacio creativo. En el epígrafe de su séptimo capítulo, "Política", Mann cita las palabras de E. T. A. Hoffman: "¿Qué otro artista se ha preocupado jamás de los acontecimientos políticos actuales? Él solo vivía en su arte, y solamente dentro de él recorría la vida; pero una época ominosa y difícil hizo presa del hombre con puño férreo, y el dolor le arranca exclamaciones que le eran habitualmente ajenas" (241).

Thomas Mann habla desde el *enmarque*⁶ del estado alemán. Sin embargo, más que de términos territoriales, sus *Consideraciones* se refieren al aspecto identitario de los germanos: *el espíritu alemán*⁷ Mann acepta cargar con el peso de sus reflexiones,⁸ se considera apolítico, sin rodeos, y si en cualquier caso la sociedad lo obliga a hablar, su política será de un conservadurismo aristocrático.

El enfrentamiento militar entre las naciones europeas hizo que Mann cobrara consciencia de que el debate no era acerca de la victoria militar de ciertos estados-nación sobre otros. La lucha era espiritual, en tanto se contrapuso dos visiones del mundo. A lo que Mann denominó el choque entre *cultura* y *civilización*. La civilización es proyectada en su momento por la Triple Entente; la sociedad política, uniformada por el mecanismo de la democracia representativa, porta el estandarte moral del progreso, que "cree ennoblecer lo ordinario simplemente por el hecho de servirse de ello" (77). En suma, la civilización descrita por Mann es lo que hoy se conoce como la civilización occidental. En cambio, cultura es el modo de construcción social que Mann observa en la Alemania del siglo XIX y que comienza a decaer en el XX. Se trata, también, de la esfera de la

⁶ Nancy Fraser acuña el concepto de *enmarque* para hablar del territorio sobre el cual se piensa lo político. El cual está delimitado en la modernidad por el Estado-nación o lo que ella llama *el marco westfaliano-keynesiano* (Fraser 31-34).

⁷ Un antecedente a la obra de Thomas Mann es Friedrich Nietzsche, quien en su primera *Consideración Intempestiva* ya hablaba de la importancia de producir una cultura original que le otorgara posibilidades a Alemania como nación. Para un análisis de la influencia de Nietzsche en Mann, véase el texto de Marrades, páginas 42-47.

⁸ Nos referimos a que Thomas Mann es consciente del fracaso de su posición, en sus *Consideraciones*, escribe: "El progreso [hacia la democracia] lo tiene todo a su favor, la voluntad contraria conservadora es... la que se encuentra a la defensiva, más exactamente en una posición defensiva que, como ella misma lo sabe exactamente, carece de perspectivas" (12).

El liberalismo distingue entre lo moral y lo político.

personalidad aristocrática y el orden estético, en el que el conjunto de los hombres se organiza para acercarse a forjar ideales más altos. Cultura es lo que resplandece del legado griego. Cultura es cada una de las conquistas del espíritu hechas por personajes que simbolizan el carácter de un pueblo. Cultura e Beethoven, Strauss, Wagner, Nietzsche y Schopenhauer.

El liberalismo distingue entre lo moral y lo político; en cambio, Mann establece diferencias entre lo estético y lo político. Si bien en el liberalismo los conceptos no entrañan antagonismo por sí mismos, en cuanto a que la concepción política reconduce a las teorías comprensivas en la discusión de una esfera pública, en Mann existe una contraposición fundamental; con cierta ironía considera que “la política es la salvación frente al esteticismo” (242): ser esteta, según él, es ser un creador que juega con la política de manera desinteresada. Así, algunos ejemplos de estetas nombrados por Mann son Schiller, Flaubert, Schopenhauer, Tolstoi, Strindberg...; ellos se desentienden lúdicamente de los asuntos de la política, por ser estos menores a su labor artística.⁹

Thomas Mann observa que la amenaza de la política-democracia y de la civilización es la valoración primordial que busca para sí. Con la visión de un artista, Mann es capaz de observar cómo la “democracia significa dominio de la política” (139), se yergue como el objeto principal en el cual el hombre pone sus aspiraciones y ha obtenido para sí adeptos en el ámbito del arte: los *literatos*, cuyas creaciones se comprometen políticamente. Este cambio en la creación artística denota que la democracia se ha convertido en un fin, cuando en realidad se prometía como un medio (276). Mann advierte, entonces, cómo la política se ha convertido en el nuevo templo ecuménico:

Pues el hombre es de tal naturaleza que, habiendo perdido la religión metafísica, traslada lo religioso a lo social, eleva la vida social al rango de consagración religiosa, lo cual conduce a una actitud social quejumbrosa anticultural o bien, puesto que el antagonismo social es irrevocable y la dicha prometida no aparece, a la perpetuación de la querrela de la utilidad y a la desesperación. (342)

⁹ El arte por encima de la política. Para ilustrarlo cabe rescatar las palabras de Safranski, que a propósito de Nietzsche, escribe: “Se nota en Nietzsche toda la indignación de quien, especialmente con la música, se figura encontrarse en el corazón del mundo [...] y por eso lucha contra la actitud que considera el arte una cosa accesoria, quizás incluso la más bella pero accesoria [...] indignación contra los burgueses profanadores del templo del arte, que Nietzsche califica de ‘filisteos de la formación’” (Safranski 117).



En este punto, uno podría preguntarse si la cultura de Mann resulta promotora de una visión del mundo unívoca o si rompe con la pluralidad que la civilización promueve. Mann contestaría que no hay nada más múltiple y variado que el arte mismo. Goethe y Schiller son distintos, ninguno sometió al otro: el primero abrazaba la naturaleza; el segundo, al hombre. Del mismo modo, la distancia entre Beethoven y Wagner es enorme: el primero escribió una serie de sinfonías que el segundo no osó intentar —salvo una—; pero Beethoven creó solamente una ópera con grandes dificultades, el segundo es mítico entre ellas. Estos ejemplos se demuestran que la *cultura* es el verdadero ámbito de la libertad y la pluralidad.

Thomas Mann continúa señalando la falta de creación en el ámbito de la política y que prima la uniformidad. En la civilización no hay personas: hay ciudadanos, representantes y partidos; es la esfera de la opinión, siendo ésta impersonal. La democracia unifica los criterios a través de la igualdad del voto o en la elección de partidos preexistentes.

Así, las ideas principales del esteticismo apolítico de Thomas Mann son:

- La comunidad de los hombres es primordialmente estética.
- Existe creación y diversidad en la multiplicidad de la potencia artística.
- Las instituciones se subordinan como medios propicios que posibilitan la llegada de personajes.
- Rechazo absoluto a la democracia, si bien el tipo de gobierno que Thomas Mann prefiere es la aristocracia. En última instancia elige la monarquía, mientras la política se mantenga alejada en un palacio y permita a los hombres ocupar su vida en la creación.

3. Análisis

Para la posición liberal, el problema del esteticismo de Thomas Mann reside en su imposición del criterio de una sola teoría comprensiva —en este caso estética—, como ideal del agrupamiento humano que no es sociedad. Aunado a ello, la universalización del criterio estético se vuelve otra dificultad, ya que un criterio religioso, o uno filosófico

La ontología liberal se fundamenta en el autointerés ilustrado.

o científico, podría reclamar la misma legitimidad. Por otro lado, Rawls advertía que una sociedad no es una comunidad ni pretende serlo. Dentro de una sociedad se encuentran teorías comprensivas diversas, en las que cada una asienta valores a los que el hombre debe aspirar. La distinción de Rawls entre lo público y lo moral es la única solución ordenada posible ante tal diversidad, porque garantiza la libertad mediante el rechazo a un régimen opresivo moral (Shklar 17).

El esteticismo de Thomas Mann podría refutarse desde la crítica de Charles Taylor al liberalismo procedimental. Según Taylor, existen presupuestos ontológicos, no reconocidos por el liberalismo de cuna *rawlsiana*, que son *poco realistas y etnocéntricos* (246); es decir, la cultura anglosajona es proclive a concebir, en una máxima abstracción, al individuo como un ente aislado y atomizado, que desconoce toda acción común. Para el liberalismo procedimental, los individuos entran en el ámbito de la política por interés, ya que por medio de las vías institucionales se cuenta con el beneficio de converger valores distintos en un *consenso traslapado*, sin pérdida para el individuo. Taylor objeta que esto es un presupuesto ontológico: en cualquier situación, puede pensarse en vez de un *yo* o un individuo atómico, en un *nosotros* que privilegie la acción común. La ontología liberal se fundamenta en el *autointerés ilustrado*, insuficiente para mover la colectividad y dar identidad a una comunidad, ya que sólo el *amor a lo particular* puede generar una lealtad común (260). De esta forma, Thomas Mann habla de un *nosotros: los alemanes*. A lo largo de su texto, se observa una pasión por lo particular: su motor. Lo estima tanto, que alerta del peligro en que se encuentra la nación alemana al navegar en las aguas indiferenciadas de la política democrática.

Sin embargo, la postura liberal podría oponerse: la posición de Taylor implicaría una mala lectura de Rawls, pues supone que su propuesta es metafísico-ontológica, en vez de política. Ante las condiciones actuales, al esteticismo de Mann podría señalarse que el problema de la diversidad ya no se enmarca solamente en un estado-nación —como la alemana—, sino que con la globalización la política deja de concentrarse primordialmente dentro del ámbito del estado, además de que la elección de una sola



teoría comprensiva como eje de la balanza de la justicia es notoriamente injusto.

En respuesta a la objeción anterior podría pensarse que Mann utiliza constantemente el *enmarque* de la nación alemana; empero, su concepto de *nación* es una categoría espiritual y cultural. La globalización y los problemas de identidad y reconocimiento de los seres humanos que luchan por ser sujetos de justicia no se pueden negar. También es cierto que se necesita una nueva gramática que solucione los problemas políticos de nuestro tiempo. Al parecer, la propuesta de Mann ha quedado atrapada en el pasado, frente a las exigencias del presente. Sin embargo:

Un tercer desafío conceptual remite a la distinción entre moral y política. Esta distinción asumía un aspecto muy definido dentro del marco westfaliano-keynesiano, que oponía obligaciones políticas [...] a obligaciones morales [...]. El enfoque que se propone aquí, por el contrario, parece eliminar esa distinción [...]. Una consecuencia más probable es que el definido contraste westfaliano entre lo moral y lo político haya de dar paso a un todo continuo [...]. El resultado no será moralizar a la política, sino más bien otorgarle matices, desplegando un abanico de distintas formas de lo político. (Fraser 94)

Si bien para Fraser la resolución de lo que debe ser considerado político y lo que debe ser moral cae en el ámbito de la democracia, no es obstáculo para resaltar cómo, desde posturas liberales, se hace necesario replantear la distancia entre las teorías comprensivas y la política como una solución a los problemas que nos aquejan. Por ejemplo, al percibir que el *enmarque westfaliano-keynesiano* se fundamenta en las normas básicas institucionalizadas de la política, su estructura hace imposible el reconocimiento de ser sujetos de justicia respecto al fenómeno de la migración. El esteticismo de Mann no está limitado por la estructura básica legal de la sociedad; el punto para identificar al otro como sujeto de la comunidad es el reconocimiento que se da en el arte. El propio Mann lo observa en su persona: "No soy un alemán de hecho y derecho" (90), pues dentro de su ascendencia directa tiene raíces en Latinoamérica. Por otro lado, el lazo identitario con lo alemán no lo da la política, sino el

espíritu poético que distingue en el alemán. De este modo, los problemas de inmigración que buscan este reconocimiento como sujetos de justicia se resolverían en tanto los sujetos admitieran el valor de la existencia estética como finalidad.

De inmediato el liberalismo prendería las alarmas pues es justo la opresión de una teoría comprensiva a lo que ha destinado sus esfuerzos a evitar. Sería una falsa salida, ya que el conflicto entre los inmigrantes se resuelve cuando abandonan sus teorías comprensivas en favor de una visión estética.

Los partidarios del esteticismo de Mann señalarían que algo similar pasa dentro de las filas del liberalismo; a los ciudadanos se les pide *suspender* sus teorías comprensivas bajo el velo de la ignorancia, cuya finalidad reconoce los principios de justicia que fundamentan el orden político. Por otro lado, el reconocimiento en el arte es universal: cualquier ser humano tiene la posibilidad de maravillarse ante el prodigio cultural griego, romano, egipcio..., pese a las distancias políticas, idiomáticas o cronológicas.

Por último, los partidarios del liberalismo cuestionarían la viabilidad del proyecto de Thomas Mann. ¿Cómo es posible un régimen estético bajo poderes transnacionales, junto con la globalización como un hecho inexorable y la multiplicación de ontologías que ésta conlleva? ¿No es un esfuerzo llevado por la nostalgia de un pasado brillante, pero irremediabilmente perdido? ¿Cómo convencer a los seguidores del capitalismo tecnológico que el arte fomenta la comunidad? ¿Cómo lograr que la inutilidad del arte sea el valor en el que la gente empeñe su esfuerzo, en un mundo donde el valor de lo útil y el interés individual marcan los proyectos individuales de cualquier ciudadano? Mann reflexiona: "Sin embargo, esta exigencia [a saber, de la prioridad de la *cultura*] está condenada actualmente a permanecer en el plano de la teoría. El avance de la democracia es victorioso e irresistible. Hoy en día solamente es posible una política de masas, una política democrática, esto es una política que poco o nada tiene que ver con la vida espiritual superior" (267). Reconoce que la maquinaria se ha puesto en marcha y su avance es avasallador. Escribe como el hombre que sabe que está condenado a muerte, pero que, al mismo tiempo, no puede bajar la voz; al contrario, muestra otro modo de entender la finalidad

Hoy en día solamente es posible una política de masas.



que tienen los hombres en una comunidad. Su posición es trágica: evoca el momento de Antígona frente al palacio de Creonte. Sabe que su causa está perdida, que morirá para el mundo. Pese a todo, desafía el imperio de Creonte por valores más altos y eternos.

Conclusión

El debate gira en torno a los fundamentos de las agrupaciones humanas, en los valores que se reconocen como primordiales y que otorgan sentido a la conformación del todo social. El liberalismo considera la libertad individual de cualquier ciudadano como la finalidad de la sociedad; el esteticismo, en cambio, toma a la libertad creadora como propia del hombre, en cuanto a que aspira a la conquista de valores artísticos. Asimismo, rechaza la uniformidad del ciudadano para centrarse en la formación de la personalidad. El liberalismo pone énfasis en la sociedad plural moderna, con el libre ejercicio de disponer de libertad para los fines de los que disponga la individualidad; el esteticismo, por el contrario, cree en la identidad de la comunidad de hombres que aprecian el arte como la culminación de la existencia humana. La situación política actual ha roto con los esquemas teóricos tradicionales para pensar la política. Se vuelve necesario recordar otro modo de existencia comunitaria, con la esperanza de reactivar nuevas posibilidades para pensar al hombre social.

Por último, nos gustaría dejar pendiente la discusión entre ambas posiciones, ahora bajo una distinción teórica centrada sobre el concepto de poder. Eugenio Trías, en su *Tratado de la pasión*, remite a la distinción francesa entre *puissance* y *pouvoir*; ambos términos pueden ser traducidos al español indistintamente como 'poder'. Sin embargo, el primero es 'poder propio' y se refiere a la voluntad de poder nietzscheana o la capacidad creadora; el segundo significa 'dominación', poder político que remite al ejercicio del poder como dominación de voluntades. Esta diferenciación hace posible considerar que la filosofía política moderna ha girado sobre el concepto de *pouvoir*, con los resultados que se observan hoy en día. Cabe buscar, entonces, una filosofía política que tenga como eje la *puissance*, cuyo esfuerzo tendría que estar hermanado con la estética.

BIBLIOGRAFÍA

- Fraser, Nancy. *Escalas de la justicia*. Trad. Antonio Martínez. Barcelona: Herder, 2008. Impreso.
- Mann, Thomas. *Consideraciones de un apolítico*. Trad. León Mames. Barcelona: Grijalbo, 1978. Impreso.
- Marrades, Julián. "Cultura y civilización. A propósito de las *Consideraciones de un apolítico* de Thomas Mann". *Cultura contra civilización. En torno a Wittgenstein*. Valencia: Pre-Textos, 2008. Impreso.
- Rawls, John. *El liberalismo político*. Trad. Sergio Madero. México: Fondo de Cultura Económica, 2006. Impreso.
- Rawls, John. *La justicia como equidad. Una reformulación*. Trad. Andrés de Francisco. Barcelona: Paidós Ibérica, 2002. Impreso.
- Safranski, Rüdiger. *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*. Trad. Raúl Gabás. México: Tusquets, 2010. Impreso.
- Sen, Amartya. *La idea de la justicia*. Trad. Hernando Valencia. México: Taurus, 2010. Impreso.
- Shklar, Judith. *El liberalismo del miedo*. Trad. Alberto Ciria y Ricardo García. Barcelona: Herder, 2018. Impreso.
- Taylor, Charles. *Argumentos filosóficos*. Trad. Fina Birules. Barcelona: Paidós Ibérica, 1997. Impreso.
- Trías, Eugenio. *Tratado de la pasión*. México: CONACULTA; Grijalbo, 1991. Impreso.